

Memorias palenqueras de la libertad¹

CLARA INÉS GUERRERO GARCÍA

Resumen

Este artículo propone una lectura de la historia de Palenque según la memoria insurgente en búsqueda de las claves de su legado libertario. Inicia con las memorias cimarronas, se enlaza a los recuerdos palenqueros y finaliza con una reflexión sobre la manera como se han venido elaborando estas memorias palenqueras de la libertad.

La libertad está en la memoria como la razón de ser del cimarronaje. La paz es la razón del ser palenquero. La herencia africana de la libertad es uno de los legados más significativos de la historia americana.

Palabras clave: Memorias cimarronas, recuerdos palenqueros, memorias insurgentes, memorias de la libertad

¹ La documentación de este texto y algunas partes del relato se tomaron de Guerrero G. (1998). Algunos fragmentos provienen del texto que presente al Icanh para proponer ante la Unesco a Palenque como patrimonio de la humanidad. La investigación que sustenta lo aquí consignado se realizó durante cuatro años de trabajo colectivo de campo y tres años de trabajo en archivos y bibliotecas y se ha venido nutriendo con los años. De este trabajo resultó un método de indagación de la memoria colectiva que contempla lo sensible-sensorial, lo conceptual-simbólico y la expresión creadora según la lógica de relación múltiple.

Hasta que los leones tengan sus propios historiadores los cazadores serán siempre los buenos.

Proverbio africano

Memoria cimarrona

En la noche, el silencio es denso, y un calor húmedo, pegajoso, atrae a los mosquitos del pantano del canal del Dique; duermen inquietos los perseguidores de cimarrones. Furtivamente, unas sombras se confunden con las hojas de los árboles y como una lluvia imprevista caen bolitas de guayaba que se adhieren a las ropas y armas de los soldados. Con el primer toque del tambor de guerra llegan en bandada miles de murciélagos que atropelladamente buscan la fruta. Los soldados se levantan despavoridos, los tambores resuenan amenazantes y los murciélagos desaparecen veloces. La tropa estupefacta se retira y no hay poder humano que los haga volver. “¡Esos negros vuelan!”, dirán aterrados en sus casas. Los tambores siguen sonando en la lejanía y los cimarrones recogen las armas y las vituallas de la tropa y demarcan así nuevos territorios. Todavía algunos viejos campesinos de la zona recuerdan que a ellos les contaron que los cimarrones volaban.

El cimarronaje aparece con los primeros africanos esclavizados que llegaron a América. La búsqueda de la libertad fue el móvil esencial de los conflictos sociales promovidos por los africanos y sus descendientes con las autoridades coloniales y los dueños de esclavos. El proceso individual del cimarronaje se inicia en el momento en que la rebeldía se instala en el corazón y la cabeza de cualquier africano o criollo esclavizado con la fuerza suficiente para que éste tome la decisión, en un principio, de huir y, luego, de alzarse en rebelión con otros como un acto colectivo que se convierte en político. En la documentación oficial se los menciona generalmente como “cimarrones”, y como “huidos y alzados”, específicamente, cuando construían palenques como respuesta organizada al sistema esclavista².

Se puede decir que en esa época convivían dos sociedades: la oficial –la colonial, organizada en torno al poder, la administración del gobierno y la econo-

² Se consideraba “huidos” a los esclavos que duraban entre dos y diez días fuera de sus lugares habituales, y los que tenían más de dos semanas de fugados eran “cimarrones”. Los “huidos y alzados” eran los cimarrones que se organizaban para formar palenques. Estas especificaciones son frecuentes en la documentación del Caribe insular. Cfr. *Nuevo reglamento y arancel cubano para la captura de esclavos prófugos o cimarrones (Reglamento de Arango)*, dado en San Lorenzo el 23 de diciembre de 1796.

mía, la de la producción tributaria– y la no oficial –la de los marginados del poder, los palenques, las rochelas, los refugios de rebeldes, etc..

Con los gobiernos ilustrados, sobre todo en el período de Carlos III, se reconocieron estos pueblos cuando se intentó efectuar una reorganización territorial y una delimitación de fronteras. Dicho reconocimiento permitió el control oficial y la tributación, pero el Palenque de San Basilio logró que se reconociera su autodeterminación. Esto se debió al carácter político de sus negociaciones y a su persistencia como territorio de paz.

El agua y el monte siempre se han asociado a la condición del cimarrón. En el sur de Cartagena, atravesando el canal del Dique, se levantan los Montes de María, que en la Colonia eran de espesa vegetación y fauna variada y abundante. El canal del Dique estaba lleno de ciénagas cubiertas de monte, con zonas pantanosas que propiciaban la presencia de mosquitos, insectos y fieras; además, el clima era muy cálido, con mucha humedad y lluvias torrenciales, factores que hicieron afirmar al gobernador Jerónimo de Suazo y Casasola en una carta enviada al rey en 1604: “La guerra a los negros cimarrones que se habían levantado fue infructuosa porque la tierra es muy montuosa y áspera, y a ellos, criados allí, no fue posible prenderlos” (Martínez 1976: 6-7) En la tradición oral de la región está recogida la imagen de los cimarrones nadando en las ciénagas como una estrategia militar que les permita hacer frente a los amos y a las autoridades.

La posición estratégica de los Montes de María, comunicados por agua dulce con el interior y con el mar, facilitaba la movilidad de los cimarrones, así como la entrada de mercancías a la ciudad, la salida de metales preciosos, el tráfico de esclavos, los correos. Todo lo que entraba a las colonias tenía que pasar por su territorio, pues el río Magdalena era la vía de comunicación, y esa era la zona de los cimarrones³.

Los palenques nacieron como espacios de agrupamiento y defensa, a manera de fuertes. Se cercaban con palos y se ponían trampas a su alrededor para dificultar el acceso. Eran fortalezas construidas con lo que la naturaleza proporcionaba. En los inicios del cimarronaje, estos palenques cambiaban de lugar por razones tácticas y a medida que los cimarrones marcaban sus espacios y la guerra se prolongaba, estos poblados defensivos se convertían en pueblos e iban demarcando los territorios del asentamiento, de la libertad y de la paz.

³ Véanse Peredo (1971,1972), Ybot León (1952) y Montenegro (1974).

Del cimarrón provenía el palenquero. Los palenqueros eran personas de paz, creadoras de un espacio para su defensa y de un territorio para vivir su libertad en paz. Los cimarrones eran los guerreros, y el arcabuco —es decir el monte, la zona montuosa y agreste—, la hacienda, la ciudad y los caminos, sus espacios de confrontación. Cada individuo tenía un doble atributo: adentro era palenquero; afuera, cimarrón. Es fundamental descifrar este fenómeno para comprender el florecimiento de los palenques como modelos de poblamiento, ya que éstos fueron también, en términos generales, los implementados por los “arrochelados”⁴.

En los primeros tiempos del cimarronaje, cuando no se habían iniciado los asentamientos en las regiones que se iban marcando como territorio propio, los cimarrones eran en esencia grupos armados que circulaban por zonas inexpugnables para los soldados. A medida que abrían terrenos y encontraban refugios donde fundar familia, sembrar y asentarse, su organización social cambió, de igual manera que sus tácticas de defensa y ataque. Fue en ese momento cuando el palenque comenzó a vislumbrarse como una estrategia de libertad. Las primeras propuestas de paz se produjeron en momentos en que los palenques eran ya pueblos-fortalezas. Los términos de las negociaciones se encaminaban a buscar su reconocimiento como territorios poseídos.

En un segundo momento, cuando ya el asentamiento era un hecho y el territorio propio podía ser defendido, la organización social se acomodó a la nueva situación: los roles sociales fueron más marcados, el número de mujeres aumentó y, en esa medida, los conflictos por relaciones de pareja y posibilidades de reproducción cambiaron sustancialmente, la poliginia dejó de ser una práctica de emergencia y se recuperaron las tradiciones africanas, que nutrirían la cultura naciente. La siembra y la cosecha, la medicina y la religión, las relaciones familiares y entre vecinos, les fueron dando rostro a esos pueblos recién nacidos.

En estos palenques había personas nacidas en libertad, a quienes se denominaba “criollos de monte” en la documentación. A los bozales y a los huidos y alzados se los calificaba de “minas”, porque tenían un amo que podía reclamarlos. Era fundamental ser reconocidos como súbditos de la Corona para adquirir la condición jurídica de personas humanas con alma y derechos válidos, de tal manera que les fuera posible asentarse y crecer como pueblo con dignidad y personalidad propia.

⁴ Denominamos aquí “arrocheladas” a las poblaciones formadas al margen del control de la administración colonial. Eran pueblos que no tributaban, no estaban en los censos, no prestaban servicio militar, habitaban territorios apartados y eran invisibles para las instituciones, como lo explican Joseph de la Vega, De la Torre Miranda y, recientemente, Mikel Izad.

Si bien es cierto que buscar el reconocimiento de los palenques como pueblos libres era la estrategia de los cimarrones en su ya larga guerra, obstaculizar la construcción de palenques como modelos de poblamiento vino a ser una estrategia de la Corona para evitar la rebelión generalizada e impedir otra crisis de la economía esclavista. Las autoridades coloniales impedían a sangre y fuego la formación de palenques. Los cimarrones, por su parte, buscaban defender y mantener vivos los palenques. El territorio del Palenque de San Basilio es la concreción de esa estrategia.

Así, el palenquero se fortaleció –casi de oficio– para la defensa de ese espacio vital garantizado por la práctica cotidiana de la convivencia solidaria que permitía el asentamiento de la familia, el cultivo del territorio y el desarrollo de una organización social fundamentada en su historia.

Con lo que se trae y lo que se encuentra se inicia un proceso de asentamiento territorial estructurado, organizado y funcional. La presencia de palenqueros nacidos y criados en cada palenque era la base de la formación de un pueblo cuyos habitantes no podían ser reclamados por el derecho de propiedad de los amos, por la razón irrefutable de haber nacido libres: ello justificaba su permanencia allí. Así pues, la defensa del territorio y el hecho de vivir hacia dentro como un pueblo construido fuera del alcance de los hilos del poder convertía prácticamente cualquier contacto con el exterior en una respuesta a la guerra.

Primer Pacto de Paz (1605)

Benkos Bioho, el gran cimarrón, el guía que condujo a la libertad a sus congéneres, el héroe fundador para los palenqueros, el rey del arcabuco para la leyenda, Domingo Bioho para las autoridades coloniales, llegó esclavizado a Cartagena de Indias el último año del siglo XVI. Organizó palenques, configuró las formas de resistencia militar y fundamentó las bases y los mecanismos de negociación política con la administración colonial. Es usual encontrarlo en los relatos de los abuelos, en los cuentos de los niños, en las canciones tradicionales y, sobre todo, en las historias épicas narradas cotidianamente por los palenqueros (Arrázola 1970: 35; Valtierra 1980: 459-460; Friedemann y Patiño 1982: 31).

Fray Pedro Simón (1958: 319) señala al respecto:

Y en estos tiempos [1599] comenzó un alzamiento y retiro de ciertos negros cimarrones en aquella ciudad de Cartagena de Indias, cuyos primeros pasos fueron que un Juan Gómez, vecino de ella, haciendo malos tratamientos a algunos de los que tenía, había entre ellos uno que se llamaba Domingo Bioho, tan brioso, valiente y atrevido, que tuvo alientos para huirse de casa de su amo y llevar consigo a otros cuatro negros, a su mujer y tres negras, todas de su ama, que con otros que hicieron lo mismo, esclavos de Juan de Palacios, vecinos de la misma ciudad, se retiraron, siendo todos hasta treinta, al arcabuco y ciénagas de Matuna, que están a la parte del sur, no lejos de la villa de Tolú, y desaguaron en el mar por aquel paraje.

Durante cinco años, Benkos y su pueblo le hicieron la guerra a la Corona; sus intereses e intenciones se fundamentan en la libertad como la razón de ser de la persona, en la autonomía de gobierno y en la demarcación del territorio.

Fue el inicio de una serie de pactos, propuestas de poblamiento e intentos de dar fin a una guerra que, como se verá, duró muchos años, como consta en la carta dirigida al rey por el gobernador de Cartagena, Gerónimo de Suazo y Casasola, el 18 de julio de 1605: "... me ynbiaron a pedir la paz y por considerar las dificultades que avía para acabarlos con ser tan pocos y ser necesario hacer tanta costa para ello como si fueran muchos me resolví en concederles paz por un año según de la manera que se capituló con ellos" (AGI: 212) Arrázola 1970: 39). Visto en la perspectiva histórica, este acuerdo de paz permitió establecer las bases de lo que un siglo después sería el Palenque de San Basilio.

Benkos conquistó una serie de fueros para él y sus cimarrones, como el de circular libremente por toda la zona, incluida Cartagena, y el de portar armas dentro y fuera de la ciudad y ser tratados con respeto por las autoridades. A Benkos se lo respetaba y temía, se lo quería y apoyaba. Era un líder y ganaba espacio político: gracias a él, los palenqueros habían logrado su reconocimiento como pueblo libre. Fray Pedro Simón (1958: 235) relata: "... y darles licencia para que entrasen en la ciudad y saliesen de ella con su capitán Dominguillo, como lo hacían a todas horas, y el Bioho andaba con tanta arrogancia que de más de andar bien vestido a la española con espada y daga dorada, trataba su persona como un gran caballero".

El siguiente gobernador de Cartagena, García Girón, describe en una carta dirigida al rey el 28 de marzo de 1621 cómo crecía la figura de Benkos entre las gentes. Afirma que de "las cosas más dignas de remediar fue el alzamiento que había habido en esta ciudad de unos negros cuyo caudillo y capitán fue un ne-

gro llamado Domingo Bioo [sic] negro tan belicoso y valiente que con sus embustes y encantos se llevaba tras de sí a todas las naciones de Guinea que había en esta ciudad”. Se queja de los altos costos de la campaña –“más de duzientos ducados”– y de la imposibilidad de reducir a los negros a sumisión porque se les había reconocido el derecho de fundar pueblo y autogobernarse:

... y sin poder castigarle ni a él ni a los negros alzados que traía consigo, se tomó con él un medio muy desigual y se le consistió que viniese a poblar a veinte leguas de aquí con todos sus soldados los cuales todos hicieron y fundaron un pueblo que se llamó Matuna sitio fuerte entre ciénagas y caños de agua y fortificándose en él con muchos palenques nunca consintió dicho Domingo Bioo [sic] que ningún español entrase con armas en su pueblo.

Sigue relatando el gobernador García Girón que al palenque de la Matuna nadie podía entrar armado, ni siquiera los dos alcaldes de la hermandad, pues en alguna ocasión en que se acercaron “los desarmó diciendo que en su jurisdicción no habían de entrar gente armada”.

Los vecinos estaban aterrados con la fuerza de Benkos y su gente, repite el gobernador en sus cartas al rey, por la importancia de su liderazgo y el espacio político que ganaba paulatinamente entre las gentes pertenecientes a las castas desposeídas. Por ello fue apresado a traición y, después de un interrogatorio hecho a manera de juicio, se lo condenó a la horca el 6 de marzo de 1621.

La paz concertada con Benkos duró dieciséis años, desde 1605, fecha del primer pacto, hasta unos meses después de su ahorcamiento. Este último lapso sirvió para que los cimarrones se reagruparan, se reasentaran con sus familias y sus medios de subsistencia y se prepararan para la guerra a muerte que se desataría con fuerza brutal.

La Propuesta de Paz de 1691

Setenta años después de los primeros pactos hechos por Benkos se plantearon nuevas negociaciones, esta vez directamente con el rey. Se aprovechó la mediación del cura doctrinero de Turbaco, Balthasar de la Fuente, quien viajó a la corte llevando una propuesta de paz. Los palenqueros buscaban pertenecer dignamente a la sociedad colonial sin ser discriminados ni explotados. El aseguramiento de un territorio, la búsqueda de la libertad y la obtención de recursos

para desarrollarse eran los lineamientos esenciales del discurso político que aún hoy signa la historia palenquera.

Cuando era cura doctrinero de Turbaco, Balthasar de la Fuente, en los recorridos que habitualmente hacía en ejercicio de su ministerio, llegó hasta los palenques de los Montes de María y allí fue contactado por Domingo Criollo y sus capitanes para proponerle una tregua destinada a negociar un pacto de paz, según lo explica en su famoso memorial. Los documentos acerca de la veracidad de los contactos entre el cura y los cimarrones son imprecisos. Los más enconados enemigos de la paz negaban de plano esa mediación y ponían en boca de los cimarrones su desmentida. Los favorecedores de la negociación no la negaban ni la reconocían. La trayectoria de esa guerra nos permite darnos cuenta de que los cimarrones estaban asesorados por otro cura doctrinero, Miguel del Toro, quien jamás negó su mediación.

Domingo Criollo, jefe de los cimarrones del palenque de San Miguel, uno de los cuatro de los Montes de María –los otros eran el de Matudere, el de Arenal y el de Betancur–, había nacido palenquero y vivió hasta una avanzada edad ejerciendo como heredero de Benkos en al acaudillamiento de su estirpe. Los encargados de arrasar el palenque de San Miguel lo encontraron intentando esconder a las mujeres embarazadas, a los niños y a los ancianos. Fue asesinado a mansalva por un soldado, quien le propinó dos tiros de arcabuz, según relata el gobernador en su informe; aunque se intentó esconder el hecho del asesinato, no se dejó de resaltar lo indefenso que se encontraba. La recompensa en dinero y honores por la cabeza de los líderes palenqueros era considerable, y Domingo Criollo simbolizaba la rebelión a finales del siglo XVII (Arrázola 1970: 241).

Contradiendo una cédula de 1688⁵ donde se había declarado por enésima vez la guerra a los cimarrones, la Corona aceptó la propuesta mediante real cédula del 23 de agosto de 1691, fechada en Madrid, donde se estipulaban los términos de la paz argumentando que, “siendo innegable que sin el presupuesto infalible de su libertad general y absoluta, no vendrán a reducirse” y aceptando la totalidad de lo pedido por los cimarrones:

- reconocimiento de la libertad, sin ser castigados por su fuga, ni ejercer ningún tipo de represalias

⁵ Es corriente encontrar en toda la información acerca de las guerras cimarronas documentos, cédulas reales, cartas e informes que se contradicen o se justifican, de manera que ese ir y venir de documentos de las colonias a la metrópoli producía desconcierto y confusión a la hora de tomar decisiones, situación muchas veces aprovechada por los cimarrones.

- demarcación del territorio con el derecho de uso productivo
- trato jurídico y fiscal igual al de la población libre
- autonomía de gobierno
- en caso de levantamiento, tratamiento de vasallos alzados.

Por su parte, [los negros] se comprometían a no guerrear y a no recibir cimarrones en el Palenque. (Arrázola 1970: 105; AGI: 212).

La real cédula desató la guerra, pues, como era de esperarse, las autoridades y los esclavistas no aceptaron la decisión del rey y procedieron de la manera como lo hacían ante las órdenes reales de difícil cumplimiento: “se obedecen pero no se cumplen”. Debido a la gravedad de la situación se acordó, en reunión del 31 de mayo de 1693, que se les reconociera la libertad solamente a los cimarrones que, por haber nacido en los arcabucos de los Montes de María, no tenían dueño, es decir a los criollos sin amo, porque era imposible pagarles a los dueños el valor de la libertad de sus esclavos huidos y alzados. Así se cumplía con la cédula y no se daba pie a la oposición de los amos y los hacendados.

Éstos no contaban con la reacción de los palenqueros, desatada por la consideración de que aceptar una medida así significaba desintegrar los palenques, desmembrar las familias, romper sus lazos de solidaridad –fundamento ético de sus vidas– y renunciar a un derecho ya ganado. En una encrucijada así, cualquier decisión que se tomara era explosiva. La aplicación de una cédula real fue el detonante que reactivó, con la guerra, uno de los grandes conflictos coloniales: libertad versus poder.

La *Entente Cordiale* de 1713

Con la zozobra natural de una situación exterior de guerra, los cimarrones de los Montes de María se reagruparon hacia adentro del territorio del palenque para volver a construir un pueblo según el modelo de los anteriormente destruidos y se mantuvieron invisibles durante el tiempo suficiente para organizarse y lograr.

El reconocimiento de la libertad, tan buscado y por eso tan guerreado, se logró en 1713 con una *entente cordiale* realizada entre el gobernador de Cartagena de Indias, Francisco Baloco Leigrave, con la mediación del obispo de Cartagena, Antonio María Casiani, y los habitantes del palenque situado en las faldas de los Montes de María, pacto que contemplaba un perdón general y el goce de

ciertas libertades (Arrázola 1970: 268; Friedemann y Cross 1979: 96-97). Los términos de este reconocimiento son los mismos que los estipulados en las anteriores negociaciones propuestas por los cimarrones a la Corona: libertad, territorio y autonomía, tres necesidades básicas para delinear un sentimiento identitario.

El pacto de paz –o *entente cordiale*, como lo llama Arrázola y como se lo denomina corrientemente en la historia– es recordado como oral por los palenqueros y fue registrado por los españoles en un documento fechado en enero de 1714, donde se da cuenta de los acuerdos realizados con los habitantes de un pequeño poblado, cercano al palenque de San Miguel, que habían debelado. En dicho documento se recogen los términos del pacto de paz (Navarrete 2003: 110-114).

De una carta de abril de 1716 dirigida al rey por el gobernador de Cartagena, Jerónimo de Badillo, se puede deducir que, desde que llegó en 1713 a dirigir la diócesis de Cartagena, fray Antonio María Cassiani se mostró a favor del reconocimiento de la libertad de los palenqueros y de la defensa de los cimarrones. En la carta, el gobernador se queja: “Y habiendo encontrado en Vuestro Obispo de esta ciudad, D. Antonio María Cassiani, otros negros un grande fomento para su libertad, ya con las expresiones repetidas que ha hecho, de que no alcanza a razón por qué deben ser esclavos, o al menos que cuando ellos lo sean, no la encuentra para sus hijos y descendientes se tengan por tales”. Luego relata que el obispo, “trabajando y reprendiendo a los vecinos que castigan a sus negros esclavos”, protegía a los negros esclavos, a los cimarrones, a los libres y a los palenqueros que iban a pedirle auxilio, y dice más adelante: “todo con cualquier pretexto su libertad”. Se hace evidente que el carácter protector del obispo permitió su mediación para el acuerdo⁶.

Arrázola (1970: 269) dice:

⁶ Carta de Jerónimo de Badillo al rey, de abril de 1716, citada en Gutiérrez Azopardo (1996: 173). La primera referencia directa la hace el obispo Peredo en su *Noticia historial de la Provincia de Cartagena de las Indias, año 1772*, donde da noticias de Palenque como sitio perteneciente al partido de Mahates. Antonio de la Torre y Miranda se refiere a él en su *Diario hecho por D. Antonio de la Torre de un viaje hecho en la Provincia de Cartagena para establecer nuevas poblaciones (agosto de 1774 a febrero de 1776)*. De Peredo toma la información José Urueta, y la consigna en *Documentos para la historia de Cartagena*, publicados en 1890. Aquiles Escalante publica en 1954 su monografía sobre el Palenque de San Basilio y recoge el documento de Urueta. Arrázola (1970) relata el suceso y denomina al pacto una *entente cordiale*, y así lo refiere Nina S. de Friedemann (1979).

Ya conocemos en términos generales el texto de este verdadero pacto entre naciones o, por lo menos, entre toda la Provincia de Cartagena de Indias, colonia de España, y el pueblito de San Basilio de Palenque, perdido en las anfractuosidades de la sierra de María de aquel territorio; entre una muchedumbre de blancos y un puñado de negros que por fin se habían hecho reconocer como seres humanos.

A la formalización de la *entente* debió asistir con el obispo alguna autoridad palenquera, pero lamentablemente este hecho fundamental se ha difuminado en brumas⁷. En la tradición oral se narra cómo salieron al encuentro del obispo las autoridades del pueblo, acompañadas de un numeroso grupo de vecinos. Para la historia escrita, el pacto entre el rey y el obispo es una merced real obtenida gracias a la intervención del prelado. Es evidente que para los palenqueros que negociaron con el obispo la palabra empeñada, de acuerdo con la tradición africana, tenía validez absoluta, mientras que para los europeos era necesaria la firma de un documento escrito para su reconocimiento. En el imaginario actual de los habitantes de Palenque, ese documento es real de la misma manera en que su reconocimiento como pueblo libre es real y tan remoto como su fundación. La escritura, el calendario, las fechas, los datos escritos y todo el bagaje de la memoria impresa han adquirido importancia para ellos en años recientes.

Recuerdos palenqueros

Después de haber sembrado comida, fundado familias, construido casas, preparado defensas contra el exterior, organizado un modo de vivir; después de haber logrado lo básico de la existencia de un pueblo, los palenqueros notaron que sólo les faltaba un cielo que fuera réplica de Palenque y donde pudieran vivir sus ánimas, porque todavía no habían tenido muertos en esta nueva vida. Las almas de los muertos de la insurgencia cimarrona habían sido enviadas al más allá de la tierra perdida, en la remota África. Entonces se reunieron y decidieron pedirle al guardián del cielo que se llevara a algún vecino para inaugurar el más allá palenquero. San Pedro no se atrevió; entonces les dio la misión de conseguir un muerto propio. La mujer elegida por la muerte era una madre con muchos niños y que en ese preciso momento estaba dándoles de comer. A ella le tocaba, porque la muerte es despiadada y puntual. Nadie quiso hacerlo; sólo María Lucrecia tuvo el ánimo suficiente: cogió un garabato y le dio un golpe

⁷ El documento citado por Navarrete aclara los hechos. De todas maneras, para la memoria palenquera la palabra empeñada tiene un valor excepcional. El completar con la memoria impresa la historia de Palenque le da entonces carácter fundacional al documento citado.

certero a la madre de la numerosa familia. Con ella se inició el cielo palenquero, y hasta hoy la muerte es llevada por María Lucrecia: “¡Ay, María Lucrecia, a mí no me jale, que no me quiero ir!”, cantaban Los Maskapanela⁸. Desde ese día, la gente de Palenque sabe que cuando muera tendrá un lugar en el más allá, donde estarán sus familiares y sus amigos muertos de todos los tiempos⁹.

Corrían los primeros años del siglo XVIII cuando las condiciones para fundar el pueblo estuvieron dadas: se contaba con la autonomía de un territorio, se tenían los frutos obtenidos de la tierra y del agua y se habían construido las casas y los lugares que les permitirían crear y recrear su legado cultural y espiritual. En la memoria colectiva de este acontecimiento fundacional aparecen como personajes imprescindibles el legendario héroe Benkos, la mítica María Lucrecia —encargada de recordar la importancia del lumbalú¹⁰ sobre la tierra palenquera— y la imagen trascendente de Catalina Luango, mediadora entre los habitantes y sus familiares muertos, sus ancestros y sus antepasados. San Basilio, procedente del panteón católico, es otra de las figuras que orbita alrededor de este evento. Según algunos relatos, un día la estatua del venerable era llevada de San Agustín de Playa Blanca con destino a un pueblo del interior y, al pasar por los dominios del palenque, de repente quedó anclada en un lodazal cercano al pueblo, sin que fuera posible moverla. Este hecho se interpretó inmediatamente como un buen augurio enviado del más allá; sin demora, san Basilio fue incorporado al imaginario espiritual de este pueblo: de ahí su nombre¹¹.

Para los palenqueros de los Montes de María, los siglos XVI y XVII fueron los años de construcción del espacio de su libertad en tiempos de guerra. Para los palenqueros de San Basilio, el siglo XVIII fue el de su asentamiento centrípeto en tiempos de paz, porque en el resto de la geografía colombiana se había agudizado la lucha contra los cimarrones. Los ejemplos de los palenques establecidos

⁸ Grupo juvenil de música palenquera de comienzos de los años noventa.

⁹ Taller de Oráculos y Sueños, parte de los Talleres de Construcción Comunitaria de la Historia Indagada en la Memoria Colectiva (Programa de Etnoeducación, Palenque de San Basilio, julio y agosto de 1993). El eje de esta indagación colectiva de su propia memoria dio como resultado la propuesta inicial del Programa de Etnoeducación que luego sería uno de los pilotos del programa nacional asumido oficialmente por el Ministerio de Educación Nacional. Ver Saldarriaga (1994) (entre las “Fuentes audiovisuales” de la Bibliografía).

¹⁰ Voz africana de origen bantú. Lu es prefijo colectivo y mbalu con el significado de recuerdo simboliza el canto funerario. La religión palenquera esta cimentada en este ritual de muerto. Véase los trabajos de Armin Schwegler y Nina Fridemann.

¹¹ El nombre ha sido motivo de controversia en Palenque: el maestro Casiani, por ejemplo, dice que “San Basilio es de Palenque y no Palenque de San Basilio”, de manera que la nominación no importa tanto por la intencionalidad de poner al pueblo bajo la advocación del santo como por quién es *de* quién.

y por eso reconocidos en las provincias del Caribe colonial eran un argumento de peso para negociar propuestas de poblamiento autónomo, basadas en el presupuesto de la libertad. El Palenque de San Basilio nació como resultado de este proceso (Fals Borda 1979; Arrázola 1970: 279).

En 1772, el Palenque de San Basilio aparecía reconocido como pueblo integrante del partido de Mahates. Su presencia ya no se consideraba subversiva. Por ello se le quitó la denominación de palenque, aunque en su *Noticia historial* el obispo Peredo, de Cartagena, hacía referencia a la herencia cimarrona:

San Basilio, población de negros en lo interior del monte, tuvo su origen en muchos esclavos fugitivos de varias personas de esta ciudad, que abrigados de la asperosidad de la Montaña de María entre su ciénaga y sitio de Mahates establecieron su palenque. No se pudieron reducir a servidumbre aunque se entró varias veces con fuerza de armas en que se derramó mucha sangre, hasta que al principio de este siglo [XVIII], gobernando el obispado el ilustrísimo señor don Antonio María Casiani, los redujo con acuerdo del señor gobernador de la Provincia, de esta población con perdón general y goce de libertades y la precisa obligación de que no se pudiesen admitir allí otros esclavos prófugos, en el futuro. Mantiénense sin mixto de otras gentes, hablan entre sí un particular idioma en que a solas instruyen a los muchachos, sin embargo de que cortan con mucha expedición el castellano de que generalmente usan. De ellos nombran las justicias que lo son un capitán de pueblo que gobierna lo político y otro de campo por quien corre lo militar, y un alcalde, aprobados por el gobernador de la Provincia a quien rinden subordinación y no a otro Superior del Partido (Peredo 1971: 72, 140).

Cuentan las crónicas que en 1774, Antonio de la Torre y Miranda, en misión pobladora, “al acercarse cautelosamente acompañado de un criado al famoso palenque de San Basilio, fue notificado por un mensajero de los negros de que no podía avanzar más sin peligros de muerte porque hacía sesenta años largos que ellos están en lo propio” (Martínez 1976: 6-7). Domingo Criollo, un siglo antes, les había advertido a los mensajeros de la administración que la libertad la tenían desde tiempos inmemoriales. Las crónicas se explayan refiriendo la presencia de De la Torre y los efectos de sus acciones repobladoras. Entre los muchos encargos que lleva en su mochila el “capitán poblador” está el de abrir un camino que, atravesando los Montes de María, permitiera la comunicación interna con las sabanas de Tolú. La idea de generar comunicación comercial estaba muy en boga en esa época ilustrada. Parece ser que a la expedición de De la Torre le costó mucha dificultad atravesar los montes, tanto por la

presencia de un palenque llamado de San Basilio como “por la suma aspereza de la montaña, cuyos gigantescos y tupidos árboles no permitían la entrada de los rayos de sol”. Las crónicas vuelven a poner de presente la herencia cimarrona del palenque y explican que los palenqueros “están establecidos como colonia independiente bajo el mando de un capitán”.

Mediante capitulaciones se determinó un nuevo lugar en la falda de la montaña. En estas capitulaciones estipulaban con precisión los términos de lo ya ganado en la *entente cordiale*:

- demarcación del territorio (pueblo, aguada y montes de labor)
- autonomía de gobierno y elecciones propias del capitán
- prohibición a todos los blancos, a excepción del cura, de vivir en el pueblo.

El fundador de las poblaciones de María la Alta, autorizado por Juan de Torrezar Díaz y Pimienta, cedió en 1774 a los palenqueros los “comunales de San Basilio”. El título data de 1779, “y desde entonces [esos territorios] han sido ocupados por los moradores de San Basilio” (Escalante 1979: 29). Otro documento significativo es la escritura pública No. 131 de agosto 24 de 1921, depositada en la notaría de Carmen de Bolívar, correspondiente a las tierras comunales de San Basilio de Palenque. La modalidad más representativa de apropiación y uso del territorio fue la propiedad comunal, protocolizada en el documento colonial y reforzada por las leyes republicanas como reconocimiento a una tradición de siglos que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX. Con la llegada de los ingenios azucareros a los linderos de Palenque a comienzos del XX se dieron los primeros brotes de propiedad privada.

El siglo XIX fue el del aislamiento. Son mínimas las menciones de esta situación tanto en la historia oral como en la escrita. Al parecer, las guerras que produjo la conformación de la República, y sus secuelas de violencia, afectaron poco a Palenque, y las referencias a este tiempo se enmarcan más en las anécdotas personales que en el tejido de recuerdos colectivos; así pues, dos leyes significativas –la de manumisión de vientres de 1821 y la de abolición de la esclavitud de 1851– no tienen lugar en la memoria oral de Palenque. Al fin y al cabo, sus habitantes eran libres hacía más de dos siglos. La expansión de las grandes haciendas, en cambio, sí fue un factor decisivo que alteró la economía y la vida de los palenqueros, como se recuerda en la memoria histórica.

Estos sucesos, registrados en la historia oficial, están grabados asimismo en la memoria colectiva de Palenque, matizados y mediados por las historias familiares y llenos de contenidos mágicos y espirituales. Los habitantes del Palenque

de San Basilio se identifican como palenqueros y reconocen con orgullo el legado de su historia cimarrona, de su memoria insurgente.

Espejo revelador

“En la noche Palenque es inmenso”, dicen con picardía las abuelas. Con el tiempo comprendí que el Palenque diurno, visible y práctico es la otra cara del Palenque nocturno, invisible y mágico. Es cierto: no se ve casi nada pero se oye muchísimo, como silbidos de insectos, susurros de aves, presencias, muchas presencias, casi sombras en las noches de luna.

Hasta el olor cambia con el transcurrir de las horas y, justo antes del amanecer, cuando todo es penumbra, se disipa la sensación de muchedumbre que ha acompañado a la noche. A Palenque llegan en la noche muchos brujos, sanadores y viajeros del espacio-tiempo. La noche invisible se llena de juegos de magia, los niños duermen y los sueños casi siempre traen noticias del más allá. Y los “guaruma”¹², totalmente ajenos a esta vivencia intensa y plena, dormimos con la rara sensación de ser observados.

Entonces vuelven los sonidos del día; las mentes, los cuerpos y los corazones se disponen a la tarea de vivir una cotidianidad de trabajo campesino, colectivo, alegre, corriente, sencillo y familiar. Esa sensación de serenidad en medio del bullicio me ha fascinado desde el primer día que amanecí en casa de Dorina, hace dieciséis años.

De Palenque sorprenden muchas cosas, muchas épocas y muchas situaciones: unas curiosas, otras mágicas; algunas arcaicas y todas animadas por una lógica diferente a la lineal-dualista a la que estamos acostumbrados. Comprender a este pueblo autónomo por su condición de pueblo libre significa, de alguna manera, entender las experiencias libertarias que convivieron primero con el poder colonial y después con el republicano, logrando construir una manera de ser y hacer muy particular y en cierta medida un tipo de sociedad armónico y solidario, cualidades humanas ya casi en desuso.

Es un pueblo que evoca una mixtura de memorias, reflejada en los diseños de las casas y las calles, donde lo ancestral sobresale por la frescura vegetal de los materiales de las viviendas tradicionales, que contrasta con el bochorno que

¹² ‘Extranjeros’, en criollo palenquero.

producen las construcciones hechas de cemento, ladrillo y zinc; un pueblo lleno de colores, donde la algarabía de las risas y las conversaciones de calle a calle, los toques de tambor, las canciones y la música a alto volumen, los gritos y el llanto de los niños, el trote de los caballos, los mugidos de las vacas, los pitos de los buses y los olores de los dulces y de los manjares de arroz con coco se mezclan con las altas temperaturas y el mucho calor humano. Esta polifonía cotidiana está signada por el afecto filial y la camaradería entre los vecinos, canalizada a través de los “kuagros”, grupos solidarios de coetáneos que mantienen el tejido social.

Desde el momento mismo en que Palenque fue reconocido por la Unesco como patrimonio de la humanidad se ha recalcado lo particular de su cultura, tan parecida a las del África remota; se han hecho evidentes sus formas de organización social, que parecen imposibles, cifradas en la solidaridad. Y aunque se nota la desprotección estatal, tal vez por ello mismo se mantiene allí una autonomía de identidad. A mi modo de ver, su condición de pueblo libre es lo más significativo de la herencia afro en América entera.

La presencia étnica refiere a una sociedad constituida por diversas culturas y maneras de ver el mundo. El reconocimiento de lo diverso y lo distinto es el gran logro político de los movimientos étnicos, y Palenque ha mantenido una posición de respeto por los otros y de exigencia de respeto hacia él como pueblo atípico por su autarquía libertaria.

Su condición de pueblo autárquico permite que su notoriedad cultural sea evidente, puesto que la memoria ancestral se mantiene viva y entretejida a su historia de pueblo libre con lengua y religión propias que es a la vez un pueblo campesino de la costa caribe colombiana.

La esclavización de una gran parte de la población africana durante el período colonial americano sigue siendo la esencia de la ignominia, y de ella hay una memoria que ha marcado a la descendencia afro. La memoria insurgente recuerda la manera contundente como se dio la búsqueda de la libertad para dignificar su condición humana, de modo que el legado libertario, como una opción vital de expresión política, ha marcado y signado también esa herencia afroamericana. La memoria de la esclavización lleva consigo la memoria de la libertad.

La libertad es el eje de la memoria cimarrona, de la misma manera en que la paz lo es de la memoria palenquera. Su memoria insurgente hace de espejo para

que en él se refleje su particular modo de ser. Esos recuerdos evocan una trayectoria vital donde la rebelión –al comienzo cimarrona y, con los años, palenquera– dibujó un perfil de autonomía colectiva y propició una convivencia de tú a tú, sin jerarquías y con autoridades como el maestro de música, la cantadora de bullerengue, la oficiante del lumbalú el maestro de tambores sagrados, la maestra de escuela, la abuela, el abuelo y la “cha” –la tía abuela–. Las relaciones entre las personas son horizontales; el talante franco y la mirada de frente reafirman la fuerza expresiva de su igualdad, de su naturaleza libre.

La memoria histórica de Palenque es libertaria porque su razón de ser como pueblo lo ha construido a partir de la defensa de su condición de colectividad libre, con una autonomía de territorio y de vida que ha permanecido vigente durante los cuatrocientos años de la vida palenquera. Su cohesión identitaria está impregnada de ese sentimiento que ha sido el eje articulador de los comportamientos colectivos. De ahí que su memoria como pueblo esté imbuida de libertad en paz, motivo por el cual se constituye en un caso singular y significativo de la historia colombiana.

La libertad en paz es el punto de partida para construir comunidad sobre la base de la solidaridad que une a la familia consanguínea y se extiende y se fortalece en la familia que abarca a los vecinos y a los amigos y, sobre todo, en la alianza filial de los compañeros de kuagro. Los conflictos se resuelven de muchas maneras, siempre evitando cualquier lesión. A golpes y peleando también se sanan resentimientos, aunque no sea de la manera más delicada. En Palenque, los niños, las niñas y las personas mayores son un bien común, y los locos son amados y asumidos como una responsabilidad colectiva. La naturaleza es el espacio vital y la cultura se comprende como la expresión humana del ecosistema.

La trayectoria histórica de este pueblo demuestra que la autonomía territorial, la organización social basada en la reciprocidad, la memoria cultural expresada en las variadas relaciones que enlazan identidades y pertenencias y el respeto a la vida en todas sus expresiones renuevan el modelo de poblamiento que suscitó la proliferación de pueblos nacidos al margen de la guerra.

Las memorias insurgentes del cimarronaje hacen parte de su memoria histórica, que teje imaginarios y transmite versiones propias según el significado que cada narrador particular quiera darles. Los recuerdos palenqueros hablan del día a día, cuentan sucesos cotidianos personales o colectivos, se recrean según las épocas que se recuerden, traen a colación anécdotas con nombres propios, son las historias personales, familiares y colectivas, tienen piel, sienten, señalan olvidos...

Los olvidos, las ausencias, los vacíos de la memoria insurgente habría que rastrearlos hasta los modelos pedagógicos con que la nación ha intentado “republicanizar” a Palenque para que se homogenice con un país que hace alardes de ser “unívoco e indivisible”, como rezaba la Constitución de 1886.

Es una memoria que se renueva a medida que se van descifrando sus secretos y sus olvidos. Este hecho es notorio en la proliferación de artículos, trabajos de grado, investigaciones, textos y documentos que se han producido en los últimos diez años, tanto de los mismos palenqueros como de personas de afuera. Entonces, la indagación del pasado ha resignificado su historia.

Palenque ha tejido sus relatos históricos con la oralidad como urdimbre, la escritura como enlace y puntada y la visualidad como diseño y símbolo, de manera similar a como lo han hecho los pueblos que han dejado de ser ágrafos. Durante trescientos años, lo oral-visual transmitió, reprodujo y comunicó la historia y la cultura en lengua criolla palenquera, hasta que la modernidad entró, avanzado el siglo xx, y con ella llegaron la educación pública, la inspección de policía, el párroco permanente, la salud pública, los carros y los carreteables, el agua, la luz y ahora el teléfono.

El pensamiento “progresista” es en Palenque la institucionalización de lo escrito: los recibos de los servicios, la firma obligatoria de los documentos públicos, los tableros, los cuadernos y los libros de la escuela, las recetas de los médicos, los letreros de la carretera, la vida citadina con sus contratos laborales, comerciales etc., las leyes y las normas, la religión católica y sus libros sagrados. La historia palenquera tiene un hito significativo en el triunfo mundial de Pambelé como boxeador. La prensa internacional y, sobre todo, la nacional se volcaron sobre el pueblo, y con ello aparecieron las investigaciones sociales y el Estado en un pueblo perdido a la vera de caminos no transitados y que, aunque registrado hacía cuatrocientos años, estaba refundido entre papeles viejos en el archivo municipal.

La memoria visual, asociada al tejido simbólico por estar impregnada de presentes perennes, se ha habitado de vida cotidiana, de objetos, de signos, de movimientos, de casas, de árboles, de paisajes, de pájaros, de personas, de gestos y de actos. El recuerdo, además de por lo tangible, está dibujado por la palabra que rememora llenando de imágenes los momentos y los lugares. Las artes y los oficios han sido soportes de la memoria visual de la misma manera en que las palabras-sonidos son los soportes de la memoria oral y las palabras-grafías lo son de la memoria escrita.

El pasado palenquero se recuerda en los cantos del lumbalú, en el himno municipal, en las canciones que hablan de amores y noticias cotidianas –como las del Sexteto Tabalá–, en los relatos de los mayores y en las historias familiares, en los juegos infantiles, en las canciones de cuna, en mitos y leyendas como el de Benkos, el héroe fundador, y la de Catalina Luango, y en el “de tú a tú” como manera de relacionarse. Estas son algunas de las expresiones de ese legado de libertad.

Con la frase “cuando la primera revolución”, que pronuncian los mayores refiriéndose a la iniciación de las guerras cimarronas, se abre el recuerdo de la historia de Palenque. En la narrativa hay un tejido de hechos históricos significativos, de mitos y héroes, de santos y demonios, de historias de los vecinos y familiares, de anécdotas personales. Siempre está presente la insurgencia como el sentimiento que evoca esos recuerdos contados a través de las generaciones y que constituyen esa memoria cimarrona tejida con las reminiscencias palenqueras del día a día, simientes de esa memoria de libertad.

Ese espíritu es el que ha mantenido vivo al Palenque de San Basilio y se refleja en la pedagogía de la crianza, en la ética de las relaciones colectivas, en su magia espiritual para comprender la naturaleza, en los tejidos simbólicos y, sobre todo, en el kuagro como eje de la organización social.

La épica cimarrona está guardada en los archivos coloniales y se recuerda mediante la memoria oral. La historia palenquera está presente en la oralidad y ha sido mínimamente recogida en la memoria escrita, puesto que lo que más se ha investigado ha sido la cultura. El relato histórico se ha organizado en secuencias de procesos, nunca siguiendo una cronología clásica, lineal, de fechas precisas. Es una historia recordada en lo significativo y cuyos referentes son los sucesos cotidianos –rara vez las fechas–, y está llena de recuerdos, olvidos, secretos, sucesos, desmemorias y mil interpretaciones¹³.

La memoria ancestral le confiere a la palabra oral un carácter sagrado que le imprime la certeza de la veracidad. La mentira es un delito mayor, y quien miente habla dos lenguas: en la que engaña y en la que dice verdades. Ese respeto por la palabra empeñada lo han mantenido vivo los palenqueros, y de manera notoria los mayores, como se hace evidente en la memoria oral. La administración colonial dejó por escrito su memoria, ahora testimonio de su poder. Los cima-

¹³Por ejemplo, el maestro Casiani cuenta que su hijo mayor nació “el famoso día en que se creció el arroyo”, sin necesidad de hacer aclaraciones, puesto que se sobreentiende a qué momento hace referencia. Este suceso en particular ocurrió en los años cincuenta.

rrones y los palenqueros han transmitido de boca a oído su historia y su cultura, y esa oralidad es la fuente primigenia de su identidad.

En Palenque, la solidaridad envuelve en un manto afectivo las relaciones colectivas. Esa protección afectiva existe desde los tiempos de la defensa del palenque. Los soportes emocionales son desde siempre el fundamento de las familias y, por lo tanto, de la organización social. En una sociedad que se está construyendo, los afectos son esenciales para su cohesión como grupo; de alguna manera, los lazos afectivos, a través del ejercicio de la solidaridad, amplían el núcleo familiar.

Una de las primeras preguntas que hice al llegar por primera vez a Palenque fue ¿cómo se dice “gracias” en palenquero? Me contestaron que en esa lengua no existe una expresión equivalente. Se utiliza la palabra castellana, y no es precisamente una de las más usadas. La reflexión nos llevó a indagar el sentido y el sentimiento de la solidaridad palenquera, por la cual los favores se realizan de manera natural y no se espera a cambio un simple “gracias” sino una reciprocidad en actos que permita sentir el hálito protector del afecto para que las relaciones perduren.

La cruenta guerra que vive hoy el país ha herido a un pueblo que durante cuatro siglos sólo tuvo cuatro muertes violentas, pues ahora las masacres, el desplazamiento, el miedo y la desintegración social tocan profundamente su corazón y tratan de arrebatarle de las manos los hilos maestros de su identidad.

Los kuagros son grupos de edades unidos por la solidaridad y el afecto. Están signados por la ética de la solidaridad, los lazos afectivos entre ellos son de por vida y el compañerismo se entiende como un sentimiento de filialidad. Están divididos internamente en dos mitades: la masculina –los kuagros– y la femenina –las cuadrilleras–, de la misma manera en que lo está el pueblo: arriba y abajo. En los kuagros constituyen los ejes de la organización social y sostienen los tejidos simbólicos de la cultura palenquera.

El kuagro se fue perfilando en el tiempo como una forma de organización natural, y lo podemos considerar como el espacio donde se recrean todos los elementos culturales. Lo más importante del kuagro es que nos remite a la recuperación de las herencias africanas y a la manera como naturalmente nos vamos organizando sin que nadie nos diga qué tenemos que hacer y qué debemos hacer¹⁴.

¹⁴ Testimonio de Gabino Hernández –palenquero, abogado y dirigente de comunidades negras–, recogido durante el Taller Audiovisual que hizo parte de los Talleres de Construcción

La herencia más evidente de la historia cimarrona son los kuagros, huellas de la organización defensiva del palenque. Son vestigios de la organización guerrillera que permitió la defensa del pueblo para el asentamiento. Dicen los palenqueros que “era una manera de estar activos y entrenados para cuando llegaran los españoles con intenciones de arrasar el pueblo”. La vida del kuagro está signada por los enfrentamientos amistosos a puños con los kuagros del otro sector del pueblo. Estas contiendas, que tienen carácter de juego, ponen de manifiesto las normas del comportamiento colectivo que fundamentan la ética.

En estas expresiones, en estos espacios de reproducción de la cultura, es donde se puede entender la manera como se resuelven los conflictos. Los palenqueros no están exentos de padecer violencia, desarmonía, guerras y problemas, ni de afrontar la lucha por la vida con odios, rencores, resentimientos, venganzas; pero sus mecanismos de control social definen el sentido que ha adquirido su mentalidad para la resolución de los conflictos. En Palenque, el kuagro ha canalizado las actitudes violentas en sus espacios de solidaridad y complicidad y ha logrado transformarlas en un juego donde se van marcando las pautas de la ética del comportamiento colectivo.

Los hilos sutiles que tejen las relaciones sociales de Palenque están impregnados de un sentimiento sublime que ritualiza los momentos definitivos de los entramados de la memoria sagrada y llena de espiritualidad la vida diaria.

La comunicación con el mundo del más allá es tan natural como el diálogo con el mundo animal o vegetal, la naturaleza está llena de mensajes y todo conduce a otras dimensiones, todo tiene *su secreto* y todo tiene significado, tanto en el mundo visible como en el mundo invisible.

La memoria sagrada y la espiritualidad reflejan la trascendencia que da significado al sentimiento de libertad, el cual, a su vez, da sentido a la dignidad, como se expresa en el ritual de la muerte, donde se manifiesta una relación comprensiva con ella para recibirla y aceptarla (Price 1992: 33-62), porque la realidad del más allá no es buena ni mala y se desenvuelve igual a la de este mundo, pero con distintas atmósferas y en tiempos paralelos correspondientes a las otras dimensiones.

La religión guía y censura en colectivo, aunque en su aplicación particularice según el caso. Las relaciones cercanas y horizontales con los habitantes del

Comunitaria de la Historia Indagada en la Memoria Colectiva, Programa de Etnoeducación, Palenque, agosto de 1994.

más allá funcionan en tiempos paralelos. El más allá está poblado mayoritariamente por los familiares y vecinos muertos, acompañados por los personajes del cielo católico y por los seres tutelares de la naturaleza. Estas relaciones de tú a tú expresan la dimensión de la manera como se trata al otro mundo. El sentimiento de la libertad como un hecho cotidiano y natural impregna los actos de todos los días.

La memoria ancestral africana ha impregnando a su descendencia en América de una solidaridad característica y de un sentido de protección con ternura y firmeza, notorio sobre todo en las matronas, sin importar su oficio o condición social. La solidaridad es su sentido común, y su protección y su filialidad recuerdan a esas familias enormes donde un huérfano siempre tiene cabida. Su ética solidaria impregna su sentido común y las normas se aplican según la religión, la política o el sentido de la legalidad.

Los cimarrones, los palenqueros y los arrojados¹⁵ construyeron una manera de ser basada en el sentimiento de libertad que los llevó a luchar y vivir por la autonomía y el reconocimiento de tú a tú del Otro, una ética signada por la libertad, la autonomía y el respeto por el Otro que es el gran aporte de los afrodescendientes a esta mezcla que somos los habitantes de este territorio llamado Nuevo Mundo.

Sugiere Omar Vesga que el palenque fue una forma histórica de introversión colectiva en defensa de la sacralidad del alma de un pueblo frente a la devastadora fragmentación individualista generada por el capitalismo, que le cercena sus raíces al ser humano¹⁶.

Son signos de esa identidad y del legado histórico y cultural del Palenque de San Basilio la libertad como sentimiento, la dignidad solidaria como ética y la paz como eje de la organización social y política.

¹⁵ Los arrojados no necesariamente eran negros, pues en las “rochelas” había todo tipo de personas: criminales, excéntricos, rebeldes, huidos, inadaptados, etc. Su forma de organización, muy similar a la de los palenques, y los muchos cimarrones que allí vivían les dan una notoria herencia afrodescendiente.

¹⁶ Conversación con Omar Vesga, escritor e investigador de mitos.

Bibliografía

Fuentes orales

Conversaciones y entrevistas realizadas en los Talleres de Construcción Comunitaria de la Historia Indagada en la Memoria Colectiva, Programa de Etnoeducación, Palenque, julio de 1989 a agosto de 1993.

Fuentes audiovisuales

Catalina Luango de Angola en Palenque. Dir. Teresa Saldarriaga (realizado dentro de los Talleres de Construcción Comunitaria de la Historia Indagada en la Memoria Colectiva, Programa de Etnoeducación, Palenque de San Basilio). Video. 1991.

El ánimo palenquera. Dir. Teresa Saldarriaga (realizado dentro de los Talleres de Construcción Comunitaria de la Historia Indagada en la Memoria Colectiva, Programa de Etnoeducación, Palenque de San Basilio). Video. 1994.

Fuentes manuscritas

A.G.I: Archivo General de Indias (Sevilla)
Gobierno: Audiencia de Santa Fe, 212, 213, 217

Fuentes escritas

Arrázola Roberto. 1970. *Palenque, primer pueblo libre de América. Historia de las sublevaciones de los esclavos de Cartagena*. Cartagena, Ediciones Hernández.

Escalante Aquiles. 1964. *El negro en Colombia*, Bogotá, Monografías Sociológicas, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología.

Fals Borda, Orlando. 1976. *Capitalismo, hacienda y población en la Costa Atlántica*, Bogotá, Punta de Lanza.

Fray Pedro Simón. 1958. *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. T. VI. Bogotá, Biblioteca Banco Popular.

- Friedemann, Nina S. de y Cross, Richard. 1979. *Ma Ngombe: guerreros y ganaderos en Palenque*. Bogotá, Carlos Valencia.
- y Patiño, Carlos. 1982. *Lengua y sociedad en el Palenque de San Basilio*. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo.
- Guerrero G., Clara Inés. 1998. *Palenque de San Basilio: una propuesta de interpretación histórica*. Tesis doctoral. Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá.
- Gutiérrez Azopardo, Ildefonso. 1996. *Los afroamericanos. Historia, cultura y proyectos*. Bogotá, El Búho.
- Hampaté Ba. 1982. “La tradición viviente”, en *Historia general del África*. París, Tecnos-Unesco.
- Martínez, Carlos. 1976. “Antonio de la Torre y Miranda”, *Magazín Dominical de El Espectador*, 11 de enero: 6-7.
- Montenegro, Feliciano. 1974. “Geografía para la juventud, 4 volúmenes, Caracas 1832-37”, en Francisco Javier Vergara y Velasco, *Nueva geografía de Colombia*, t. III. Bogotá, Banco de la República.
- Navarrete, María Cristina. 2003. *Cimarrones y palenques en el siglo XVII*. Cali, Universidad del Valle.
- Nuevo reglamento y arancel cubano para la captura de esclavos prófugos o cimarrones (Reglamento de Arango)*, dado en San Lorenzo el 23 de diciembre de 1796.
- Peredo, Diego de. 1971-1972. “Noticia historial de la Provincia de Cartagena en las Indias, año de 1772”, *Anuario Colombiano de Historia Social de la Cultura*.
- Pérez, Jesús. 2002. *Del arroyo al acueducto: transformación sociocultural en el Palenque de San Basilio*. Trabajo de grado. Bogotá, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes.
- Price, Richard. 1992. “Encuentros dialógicos en un espacio de muerte”, en *De palabra y obra en el Nuevo Mundo. Encuentros interétnicos*. [España], Siglo XXI.
- Rebetez, René. 1997. *La odisea de la luz. Ciencia y sufismo*. Bogotá, Martínez Roca.

Valtierra P. S. J. Ángel. 1980. *Pedro Claver, el santo redentor de los negros*. T. 1. Bogotá, Banco de la República.

Ybot León, Antonio. 1952. *La arteria histórica del Nuevo reino de Granada*. Bogotá, ABC.



Foto: Steve Cagan